MEDITACION CXXIII.

VANIDAD.

PUNTO 1.

Considera, que nunca parecemos mas necios y despreciables, que cuando llenos de vanidad buscamos ser estimados y sobresalir entre nuestros semejantes: porque ciertamente es cosa digna del desprecio y la burla, ver que el polvo y la ceniza, solicíte elevacion y engrandecimiento.

Ponderar, que los que son dominados de esta pasion, no consiguen mas que un general aborrecimiento, imprecaciones y murmuraciones continuas: porque como todos notan su orgullo infundado, todos tambien, si no los contiene la humildad cristiana, desean verlos desairados, les profesan un ódio mortal, y censurándolos agriamente, fiscalizan su conducta, agravan sus menores faltas, y ponen en ridículo cuanto practícan. Este es el gran fruto que regularmente produce la vanagloria, en lugar de la honra y preferencia á que con

tanta ansia se aspira. Tuvo mucha razon David para exclamar: *¡ó hijos de los hombres, hasta cuando seréis de estúpido corazon....! ¿Para qué amáis la vanidad?*

Saca de aquí, el buscar la estimacion de Dios, y no alimentarte con aire, que no es otra cosa la vanidad. El aprecio, la alabanza y cuanto puedan darte los hombres, es insustancial y transitorio; pero que seas agradable á Dios por el cumplimiento de su ley, esto sí será tu honor inmortal y verdadero.

PUNTO 2.

Considera, que ó tienes prendas y méritos para ser estimado, ó no los tienes: si careces de ellos, es infundada y ridícula tu vanidad; y si en realidad los tienes, reflexiona de donde te han venido, y al instante confesarás, que no á tí, sino á esa mano liberal y bienhechora le es debido el honor, la alabanza y la gloria.

Pondera, que siendo ageno cuanto posees, pues nada tienes que no hayas recibido, cometes dos gravísimas injurias contra

Dios con tu vanagloria: la primera, porque defraudas el honor á quien se le debe, y te lo apropias sin pertenecerte; y la segunda, porque el pretender la estimacion para tí, es juzgarte fuente y orígen de tus excelentes cualidades, y olvidarte por lo mismo de Dios, que te enriquece con ellas. ¿Y dejará el Señor de darse por injuriado con esta gravísima ingratitud? No nos admirémos de ver mil veces humillados y confundidos á los que así se conducen, pues es un castigo muy justo de su soberbia.

Saca de esto, el alejar de tu espíritu tan fea ingratitud. Mira que el no reconocer ú olvidar al bienhechor, es obligarlo á que estanque sus beneficios. Si tienes algo bueno que te haga recomendable ante los hombres, refiere y eleva toda la alabanza á quien con tanta liberalidad te lo concedió: así cumplirás con lo que debes, y, sin duda, alcanzarás otros mayores dones y beneficios.

MEDITACION CXXIV.

DELICADEZA Y HERMOSURA DE LA CASTIDAD.

PUNTO 1.

Considera, que no hay cosa mas semejante al cristal que la castidad. Ella, como él, es hermosa, y donde quiera brilla y encanta; pero tambien como él es frágil y delicada, pues el menor toque la arruina ó la empaña.

Pondera, cuanta es la nobleza y excelencia de esta virtud, que al barro miserable lo eleva, y lo hace semejante á un ángel: pero esta misma cualidad nos pide el mayor cuidado y vigilancia para conservarla. Parece que todo está en contra de ella, porque en todas partes halla riesgo, y ni el lugar mas santo, la da una perfecta seguridad. De aquí viene la estrecha obligacion que tenemos, de alejarnos de las ocasiones peligrosas, y de cerrar las puertas de los sentidos, á fin de que nada entre por ellos, pues todo la ataca y la ofende.

Saca de aquí, proceder con la mayor

cautela. Quien lleva en la mano un vaso frágil, mira por donde camina, y donde pone el pie, conociendo que si resbala todo lo pierde. Esta es la imágen de la delicada virtud de la castidad, y ningun cuidado y temor está de mas para mantenerla ilesa.

PUNTO 2.

Considera, que ninguna virtud tiene enemigos mas poderosos y temibles que la castidad: porque no usan otras armas que placeres, caricias, finezas y alabanzas. Y ¿quién tendrá fortaleza bastante para resistir esta clase de ataques? ¡O Dios, solo tú puedes darnos la victoria!

Ponderar, que lo que hay mas admirable en esta materia es nuestra temeridad, imprudencia, loca confianza, ó no sé como deba llamarse: porque siendo tan delicada y tan estimable esta virtud, voluntariamente nos metemos en los mayores peligros, y sin temor ni escrúpulo consentimos conversaciones libres, vistas lascivas, tratos indecentes, compañías escandalosas, desnudez

provocativa, modas desvergonzadas, y, finalmente, una conducta tan desarreglada, que no parece sino que de propósito intentámos aniquilar de un golpe la castidad.

Saca de aquí, el conocer el precio y valor de esta virtud: si no hay castidad, ninguna obra buena resplandece; porque ella es la que á todas da brillo y hermosura. Tu corazon, si no es casto, es un cristal á quien nada sirven cuantos adornos y joyas le pongan si está empañado su fondo. Pide al Señor con todas veras te conceda esta virtud, tan necesaria y tan agradable á sus ojos.

MEDITACION CXXV.

VIRTUD DE LA PACIENCIA.

PUNTO 1.

Considera que, ménos la Santísima Madre de Dios, todos pecamos en Adán, y por un justo castigo nacemos condenados á los trabajos, aflicciones y demás penali-

dades, que son el fruto de este destierro. Y pues todos, sin la menor excepcion, debemos padecer, ¿habrá alguno á quien no sea necesaria la paciencia?

Ponderar, cuan importante nos es esta virtud. Lo primero, porque dulcifica y suaviza nuestras penalidades; y por grandes que sean nuestras amarguras, con ella se hacen muy tolerables. Lo segundo, porque con el sufrimiento adquiere nuestro espíritu cada vez mas valor y fortaleza. Y lo tercero finalmente, porque de esta manera nuestros trabajos se hacen meritorios; pues Dios, agradado de nuestra humilde resignacion, los disminuye y los alivia; ó por efecto de su misericordia los acepta en recompensa de nuestras culpas, y con un premio eterno nos los remunera.

Saca de aquí, el pedir al Señor te conceda y conserve esta excelentísima virtud. Ten presente, que de grado ó por fuerza hemos de padecer. Besémos pues la mano de quien nos castiga, y con nuestra paciencia sacarémos de ese mismo padecer provecho y felicidad.

PUNTO 2.

Considera la estimacion que merece esta virtud, pues no solamente entre los cristianos, sino aun entre los gentíles, ha sido muy recomendable, por el provecho y utilidad que á todos proporciona en los acontecimientos tan varios y tan amargos de la vida.

Ponderar, que nadie debe escusarse de egercer la paciencia, cuando tenemos en Jesucristo el modelo mas cabal y mas perfecto de esta admirable virtud. ¿Quién padeció mas que el Salvador? Padeció desde su nacimiento: su vida fué oscurísima, y su muerte tan rodeada de amarguras, que Isaías lo llamó *Varon de dolores;* y, sin embargo de esto, su paciencia fué siempre heroica, en tal grado, que el mismo Profeta lo pinta como un hombre sordo en medio de las mas atroces injurias y falsedades con que manchaban su honor, y como un mudo que no abría sus lábios cuando tantos se empeñaban en mortificarle.

Saca por fruto, á vista de este egemplar divino, recibir, como se te dice en el sa-

grado libro del Eclesiástico, cuanto viniere sobre tí, mostrándote paciente en tus dolores, y sufrido en tus abatimientos. Hazlo así, y creeme que todas tus penas te serán menos molestas.

MEDITACION CXXVI.

USO Y ABUSO DE LAS RIQUEZAS.

PUNTO 1.

Considera, que Dios nos envia muchas veces las riquezas, para facilitarnos por ese medio nuestra eterna salud: pero, en el uso de ellas, debemos conformarnos con esta intencion santísima, y no convertir en un grave perjuicio lo que es un verdadero dón del Señor. Examina sobre el particular tu conducta, y mira si tienes algo de que reprenderte.

Ponderar, que las riquezas son temibles, porque comunmente presentan tropiezos, y hacen dificultoso el camino de la virtud. Se pierde el tiempo y tal vez la justicia al solicitarlas, porque en nada se repara, cuando hay un deseo vivo de conseguirlas. Si ya se tienen, huye del corazon la tranquilidad y el sosiego, porque está ocupado enteramente en conservarlas. Y si sucede el perderlas, ¿qué paz ni qué consuelo podrá quedar en el ánimo afligido con la pérdida, y llorando las resultas ó consecuencias que de su falta se originan?

Saca de esto, el convencerte de la necesidad que todo cristiano tiene de no apegar á semejantes bienes el corazon; porque en ese caso somos esclavos de las riquezas, y vá de por medio nuestra salvacion. Ten por tanto muy presente esta pregunta de Jesucristo: ¿qué importa ganar todo el mundo, si el alma se pierde?

PUNTO 2.

Considera, que aunque algunas veces se usa bien del oro y de la plata, comunmente se abusa de ellos; y por esta razon no deben en lo absoluto desearse como bienes verdaderos. Así S. Gregorio afirma, que cuando el Espíritu Santo menciona las ri-

quezas, siempre las llama mentidas ó faláces.

Ponderar, que las riquezas no solamente son temibles por el desasosiego que en nuestro espíritu causa su solicitud, su conservacion ó su pérdida, sino porque facilitan sobremanera toda clase de crímenes y de picardías. Ellas hinchan el corazon; y el rico, lleno de soberbia, apetece la preferencia, y á todos los mira con desdén y desprecio. Ellas promueven la cólera, y encienden sin dificultad el ánimo. Ellas por fin, abren la puerta á la gula, y por aquí tienen franca entrada la lascivia, la pereza, la traicion, el libertinage y demás crímenes horrendos; siendo el resultado el ser mas fácil, como dijo Jesucristo, que entre un cable por el ojo de una aguja, que el que un rico se salve. ¿Serán apetecibles semejantes bienes?

Saca por fruto, el aborrecer ese ahinco y ansia que se vé en el mundo por conseguir el dinero. Califícalo siempre por peligroso, y dile á Dios como Salomón: *dame únicamente Señor lo necesario para vivir.*

Desprende tu corazon de ese vano amor de las riquezas, y ni en tu vida ni en la muerte te faltará el gozo y la paz.

MEDITACION CXXVII.

TEMPLANZA.

PUNTO 1.

Considera, que aunque es indispensable alimentarnos, toca sin embargo á la templanza contenernos dentro de los límites justos que prescribe la razon en la satisfaccion de nuestro apetito. Virtud por tanto importantísima, que precave y corrige los defectos y vicios que frecuentemente introduce la gula.

Ponderar, que tres son los desórdenes que por lo comun se cometen en el comer y beber: ya deseando con vivas ánsias y demasiada inquietud el sustento, pensando en eso á toda hora: ya comiendo y bebiendo demasiado: ó ya por último, buscando la delicadeza de los manjares y el regalo

del paladar: y todos estos excesos, dice el Papa S. Gregorio, remedia la templanza; porque con su auxilio moderamos nuestro desasosiego, para no ser esclavos de nuestro apetito: evitamos tambien todo exceso y demasía, usando solamente de la comida y bebida, no cuando habla la gula, sino cuando se esplica la necesidad: y por último, refrenamos nuestra delicadeza en las viandas, á fin de no hacer un Dios de nuestro vientre, como decia S. Pablo.

Saca de aquí, el usar continuamente de esta apreciable virtud, pues todo cristiano debe grabar en su memoria la doctrina que el Apóstol enseñó á los gálatas sus discípulos diciéndoles: que los que pertenecen á Jesucristo, han de crucificar su carne con sus desórdenes y deseos.

PUNTO 2.

Considera, que el mérito de esta virtud debe medirse por la gravedad de los males y desórdenes que corrige en nuestro apetito: desórdenes, que si son funestísimos á la salud del cuerpo, son incompa-

rablemente perjudiciales al bien del alma.

Ponderar, que hay delitos y culpas que jamás se cometerian, si no presentara la ocasion la destemplanza. Una triste esperiencia nos comprueba, que la demasía en el comer y beber, abre la puerta á otros muchos vicios; porque entónces la lengua se suelta con facilidad, huye el pudor y el encogimiento, se manifiesta una loca alegría, aparece la desvergüenza y descaro, y, finalmente, roto el freno de las pasiones, casi todas tumultuariamente se dejan ver, y con irresistible imperio nos dominan. ¡O admirable, ó poderosa templanza, ven á nuestro corazon, pues tú sola eres capaz de precaver tantos y tan temibles resultados!

Saca por fruto de esto, el concebir un grande horror, cual lo tenia S. Agustin, á la destemplanza. No me intimida, decia este Santo, la presuncion de mi espíritu, porque la he sujetado á la fe; ni el deseo de honores, porque todo lo he renunciado; ni la debilidad de mi corazon, porque espero el auxilio de la gracia: pero sí temo la fal-

ta de sobriedad en el comer y beber: y justamente lo intimidaba, porque la destemplanza se disfraza con la capa de la necesidad; y es tanto mas temible, cuanto es un enemigo intestino.

MEDITACION CXXVIII.

FALSA SEGURIDAD.

PUNTO 1.

Considerar, que no hay cosa mas justa en el pecador, que el desconfiar de sus fuerzas. El corazon, por la culpa que en Adán cometimos, perdió enteramente su vigor, sin ser otra nuestra herencia, que infidelidad, correccion y miseria. Ni un pensamiento bueno podemos tener, y nuestro caudal es la sola capacidad de pecar.

Ponderar, que siendo tan débiles por naturaleza, ninguna cosa nos facilita mas las caidas que nuestra presuncion é infundada seguridad. Quien pisa con miedo, evita el tropiezo; pero del incauto que presumiendo

de sus fuerzas, arrostra los peligros y corre sin temor, se debe asegurar que cairá. Pedro, el valiente Apóstol Pedro, confió mucho de sí, y el dia en que por tres veces protestó, que aunque los demás faltaran, él moriría primero que ser traidor; en ese mismo, tres veces negó á su Maestro, y á la voz de una criada mostró la mayor cobardía, la mas negra ingratitud, y la mas reprensible infidelidad.

Saca de esto, abrir los ojos para ver tu nada, y persuadirte de que debemos por consiguiente vivir siempre desconfiados de nuestras fuerzas. No somos mas virtuosos que Pedro, ni tenemos mejor escuela. Si ese alto y robusto cedro cayó, ¿cómo podrá mantenerse en pie una caña débil y quebradiza?

PUNTO 2.

Considerar que la presuncion y falsa confianza, son hijas de la soberbia; y es indispensable que nos precipiten, pues no hay soberbio que no sea confundido, y con su caida conoce, que el hombre miserable so-

lamente debe confiar en los auxilios del cielo.

Ponderar, que para corregir y conocer la temeridad de nuestra confianza, basta reflexionar que son muchas, muy dificultosas y graves las obligaciones que como cristianos tenemos que cumplir, y muy poderosos é incansables los enemigos que se oponen á nuestro bien. Si con temor y temblor no trabajamos en nuestra salvacion; si con nuestras súplicas y lágrimas no interesamos á Dios, ¿en qué puede fundarse nuestra seguridad? Antes por el contrario, debemos temer que el Señor nos escasee sus socorros, una vez que no se los pedimos ni contamos con ellos. ¿Y cuál será el resultado de nuestra presuncion y orgullo? El abatimiento y humillacion, pues Dios se complace en abatir al soberbio.

Saca de aquí, el pedir en todos tus acontecimientos que Dios te defienda con su santo temor. Este temor sí, como que aborrece, segun leemos en los Probervios, la soberbia y la arrogancia, podrá libertarnos de caer en esos vicios, y es el poderoso

medio para salir con felicidad en los muchos peligros que la vida nos presenta. Vive siempre desconfiado de tí mismo, y sin duda vivirás seguro.

MEDITACION CXXIX.

LEY EVANGELICA.

PUNTO 1.

Considera, que en Jesucristo tienen su perfectísimo cumplimiento las figuras y profesías. En su venida van á desaparecer las víctimas y holocaustos, porque él es la única hostia agradable á los ojos de su Padre; y con su venida tambien se acaba la dura ley antigua, y comienza la nueva y suavísima ley de gracia.

Pondera, cual debe ser la alegría y gozo de nuestro espíritu por el establecimiento de esta ley tan santa, tan noble y tan justa, como que es su legítimo autor el Hijo de Dios. Ley necesarísima, sin cuya observancia nadie puede salvarse; porque en

ella se encierran los indispensables preceptos de la caridad. Ley que nos instruye sobre el culto interior y esterior debido á la suprema Magestad de Dios. Ley dulce que nos facilita la observancia de los mandamientos, porque es ley de amor, y el amor todo lo endulza y suaviza. Ley, en una palabra, evangélica, que nos trae la alegre y feliz nueva de nuestra libertad, pues nos muestra en Jesucristo al verdadero Mesías, objeto por tantos siglos de nuestra esperanza, y hoy objeto de nuestro consuelo.

Saca de aquí, el aprecio con que debemos mirar esta ley verdaderamente de gracia, que hace tantas ventajas á cuanto han dispuesto y ordenado, no solamente los mas sábios legisladores gentíles, sino tambien á la ley de Moisés; pues aunque dada por Dios, fué destinada para el duro pueblo judío; mas esta es para los que somos tratados como hijos queridos de su Magestad.

PUNTO 2.

Considera, que la observancia de la ley de gracia es facilísima, pues Jesucristo con toda claridad nos asegura: que su yugo, es decir el cumplimiento de sus preceptos, es suave, y su carga ligera: y á mas de esto á nosotros mismos nos es utilísima, porque en ella no solo se prescribe el honor de Dios, sino el bien y provecho nuestro.

Pondera, cuan visible es el amor con que Dios nos mira; pues reflexionando sobre los mas de los preceptos que contiene esta ley, desde luego se descubre el esmero con que en ellos ordena: que nadie nos ofenda ni nos toque, como vulgarmente se dice, al pelo de la ropa, porque será severísimamente castigado. En ellos cuida de nuestro honor, y protege nuestras propiedades y nuestra vida. En ellos prohibe que se nos injurie; pero con tal empeño, que prohibe hasta el pensamiento de dañarnos. En ellos, por último: manda que nos amemos y nos sirvamos mútuamente, como hermanos que somos unidos estrechamente con

el vínculo de la caridad. ¿Podrás desear mas pruebas de la utilidad y rectitud de esta ley evangélica?

Saca por fruto, el grabarla sobre tu corazon, para su mas puntual observancia. Y así como el Señor ordena, que nadie te dañe; así tambien te prohibe que injuries á otros. Aplícate, pues á cumplirla, porque con eso solo se consigue, como dijo Jesucristo á Nicodémus, vivir eternamente.

MEDITACION CXXX.

COMUNION SACRÍLEGA.

PUNTO 1.

Considera que no hay cosa que mas deshonre á Dios, que una comunion indigna: porque en los demás pecados se quebrantan sus mandamientos y leyes; pero en la comunion sacrílega se desprecia al legislador, y en su misma persona se le ofende y se le injuria.

Ponderar, que Jesucristo en este Sacramento pone en accion su omnipotencia y sabiduría, para manifestarnos su liberalidad y su amor. No hay dificultades que no allane, ni ostáculos que no venza. En nada repara, multiplica los prodigios, concilia cosas incompatibles, y derrama con prodigalidad sus favores con el fin de estár familiarmente contigo. Te da su vida, su sangre, su alma, su divinidad, y se cree satisfecho con solo tener tu corazon. Pues compara ahora todas estas finezas, este cariño y empeño, con la ingratitud, soberbia y atrevimiento con que comulgando indignamente presentan á sus ojos una alma demasiado manchada, mas hedionda que una zahurda, y mas asquerosa que un albañal. Reflexiona esto, repito, y te será imposible desconocer el horrendo sacrilegio que cometes.

Saca de aquí, no solamente el confundirte si has incurrido en tal atentado, sino llenarte de admiracion al ver, como la tierra no se abre á tus pies para tragarte, y como los cielos no caen sobre tí en venganza de su Dios, á quien con una traicion